

PRACTICABLE

Un texto escrito por Idoia Zabaleta en setiembre del 2015

para el libro *Eromecánica. La Erótica de la Maquinaria social* de Saioa Olmo, publicado en 2016

La propuesta lanzada por Saioa fue escribir sobre las pulsiones eróticas en las acciones artísticas performativas, sobre la eromecánica de lo performativo

El sofá

Fue hace varios años. Una tarde de otoño. Nos reunimos en la casa de mi hermana para celebrar algo. También para animarle. Aquella temporada ella estaba triste. Éramos 5 y la sala era pequeña. El calor era húmedo, las dos mesas blancas y cuadradas. De esas que una encaja sobre la otra. De esas que una encaja bajo la otra. Comíamos algo, bebíamos algo, hablábamos en general. Estábamos allí y ella empezó a sentirse comfortable. Se le notaba en cómo su espalda iba acoplándose al respaldo del sofá. Marrón con algo naranja. Había sido una época difícil, llena de aristas y dolor en la garganta. Ahora ya tenía casa y nuevos vecinos y calefacción central y un sofá. Estábamos allí hablando por hablar, para hacerse compañía, cuando ella, ausentándose radicalmente de la conversación giró su espalda, en una gran torsión de hombros hacia la cabecera del sofá y comenzó a besarle. Empezó por la cabecera y prosiguió por el respaldo, hasta llegar al apoyabrazos y de ahí continuar hasta el asiento. Besaba el sofá con toda su cara, como si nadie la viera. Presionaba hondo con sus mejillas como queriendo atravesar con sus labios la tapicería e incluso llegó a emitir ante nosotras sin ningún pudor ese sonido con *mmmm* como si aquel momento de confort fuera una cosa exclusiva entre ella y el acolchado, como si aquella tarde de otoño fuera la primera de una serie de acciones por fin cómodas y agradables con la sección blanda del mobiliario de su casa. Posiblemente aquel acto no duró más que algunos segundos, pero fueron suficientes para que cada una de nosotras atónitas dejáramos de comer gusanitos y tratáramos de imprimir en nuestro entendimiento aquello que estábamos viendo ¿ES TÁ BE SAN DO EL SO FÁ? SÍ SÍ SÍ ES TÁ BE SÁN DO LO. Luego se volvió de nuevo hacia nosotras y muy tranquilamente dijo: “ay, ya empiezo a sentirme mejor”.

Persona presiona persiana

Presiona todo lo posible la mayor superficie frontal de tu cuerpo contra una pared

persona presiona persiana persona presiona persiana persona presiona persiana

Coloca las palmas hacia fuera o hacia dentro, apoya la mejilla derecha o izquierda

persona presiona persiana persona presiona persiana persona presiona persiana

Presiona muy duro y concéntrate

persona presiona persiana persona presiona persiana persona presiona persiana

Forma una imagen de ti misma en el lado opuesto de la pared presionando contra la pared muy fuerte.

persona presiona persiana persona presiona persiana persona presiona persiana

Supón que acabas de dar un paso hacia delante

persona presiona persiana persona presiona persiana persona presiona persiana

Presiona muy fuerte y concéntrate en la imagen presionando muy fuerte.

persona presiona persiana persona presiona persiana persona presiona persiana

Visualiza la imagen de presionar muy fuerte

persona presiona persiana persona presiona persiana persona presiona persiana

Presiona tu superficie frontal y tu superficie dorsal, una hacia la otra recíprocamente y comienza a ignorar o bloquear el grosor de la pared

persona presiona persiana persona presiona persiana persona presiona persiana

Piensa cómo varias partes de tu cuerpo presionan contra la pared; qué partes tocan y cuáles no

persona presiona persiana persona presiona persiana persona presiona persiana

Considera las partes de tu espalda que presionan contra la pared;

presiona fuerte y siente como la parte frontal y posterior de tu cuerpo presionan juntas

persona presiona persiana persona presiona persiana persona presiona persiana

Concéntrate en la tensión de los músculos, el dolor donde los huesos se encuentran, las deformaciones de la carne que ocurren bajo la

presión; siente el vello corporal, la respiración y el olor

persona presiona persiana persona presiona persiana persona presiona persiana

Este puede resultar un ejercicio muy erótico

persona presiona persiana persona presiona persiana persona presiona persiana

(a partir de la pieza *Body Pressure* de Bruce Nauman, 1974)

Oda a lo blando

Meter el dedo en un vaso de agua fría y la lengua en un yogur. Meter el culo en una palangana de leche tibia y las rodillas en una montaña de turba negra. Meter la nariz en una axila, la barbilla en un pescuezo, el codo en una gelatina de frutas y el talón en la boca de un pez. Apoyar el párpado en un edredón de plumas, sacar el dedo del agua lo más lentamente posible y apretar el botón del Ipod. Suena Schönberg con *Noche Transfigurada*. Con cuidado, tomar dos ciruelas claudias maduras y estrujarlas con una sola mano. Meter la lengua entre los dedos sin abrir el puño. Comérselas. Sacar el culo de la palangana y apoyarlo en un pescuezo. Hincar los dientes de arriba en la gelatina, rozar el dedo contra las pestañas, mojar los labios y dormir.

Talleres Amutzastegui

Fue hace varias semanas. Me lo contó mi madre. Viajaría por primera vez en mucho tiempo a su pueblo natal, Placencia de las Armas, acompañando a una amiga de la infancia también de Soraluze, que ahora vive en Eskoriatza y que está pasando una temporada triste. El día de San Roque Txiki, recordando viejos tiempos y los toros. Viajarían en el autobús de la mañana de la línea Pesa, que une Gasteiz y Eibar pasando por Eskoriatza y la variante de Placencia. Se habían puesto guapas. Ambas son dos mujeres elegantes. Comerían en el Batzoki y luego beberían *gin tonic* en la plaza, no sin antes pasear por el puente sobre el río Deba hacia la calle Santana, saludar en la esquina de la farmacia, reconocer el lugar donde ahora está el consultorio y reencontrarse con otros sitios que hacía tiempo y por diversos motivos ninguna de las dos visitaba. La carretera tiene muchas curvas y me contó mi madre que el autobús ya no para dónde paraba antes, que no habían parado de hablar durante todo el viaje y que no había conocido a nadie en el autobús. También me contó que cuando llegaron a Placencia y el autobús paró en la calle Rabal, no dónde paraba antes, su amiga decidida y con la espalda muy recta descendió los tres peldaños de la escalera del autobús y se dirigió en línea recta hacia el frente hasta topar con una pared gris, rugosa y un poco mugrienta y la besó. Besó la pared. Y resulta que era la pared, gris, rugosa y mugrienta, de la fachada de Talleres Amuchastegui (unos talleres que como tantos otros en Soraluze a mediados del siglo veinte reconvirtieron su actividad armera en tornillera). Mi madre, sorprendida ante tal acto, le dijo a su amiga que cómo se le ocurría besar la fachada de Talleres Amuchastegui, con lo que ellos habían sido. Su amiga respondió que el Papa, cuando llega a un lugar, besa lo primero que encuentra y que no se anda con que si en ese lugar habían sido de un bando o del otro. Mi madre insistió que ella no besaría la fachada de Talleres Amuchastegui por nada en el mundo y que si había que besar alguna pared besaría la del portal de la que había sido su casa o la de la antigua mercería que regentaba su madre.

Hablando de alcohol, un trago

Toma una moneda de 1 euro. Colócala sobre la punta del dedo índice de tu mano izquierda. Haz coincidir el diámetro de la moneda dentro de la tercera falange de tu dedo (la zona de la huella dactilar). Sitúa el número 1, el grabado de Europa, y las 12 estrellas hacia arriba. Mueve ligeramente el dedo y comprueba que la moneda está acomodada. Sin titubear busca una botella de coñac. A continuación, derrama una gota del alcohol sobre el centro de la moneda. Una gota de coñac. Observa como se extiende. Permite que el coñac llegue hasta el marco dorado de la moneda. Entonces, cuando el coñac se calme sobre el euro, acerca muy muy lentamente el dedo hacia tus labios. Besa la moneda. Vuelve a besarla. Vuelve a hacerlo cuantas veces quieras. Sentirás frialdad y amargor.

El mendigo de Sevilla

Era verano de 1992. Edurne y yo habíamos viajado hasta Sevilla en autostop. No recuerdo las razones que nos llevaron a aquel viaje. Era una época alegre. Recuerdo el desierto de las Tabernas, las Alpujarras, la Sierra de Grazalema y que un camionero nos propuso pasar un rato los tres en la parte de atrás del *container*. Transportaba albaricoques secos. También recuerdo haber sacado el cuchillo para defenderme y que Edurne me recriminara que por qué le había dicho que sí, si lo que quería era decir que no. El caso es que lo que yo no quería es que aquella proposición diera lugar a discusión alguna, sino que yo le decía que sí y luego le clavaba el cuchillo. Salimos ilesas de aquello en medio del páramo. En esa edad en la que nada es serio. Hasta llegar a Sevilla. En el Corte Inglés nos detuvo la guardia del corte inglés por abrir un paquete de fritos, tiras de maíz, sin pasar por caja y comérmolo mientras paseábamos por la sección de perfumería. La vergüenza fue de tipo alto. A pesar de todo llevábamos la risa floja adherida a la estructura ósea y nos costó mantener la seriedad frente a los guardias. El caso es que salíamos del Corte Inglés de Sevilla, con el calor de la tarde, cansadas de tanto caminar por el río Guadalquivir, cuando a lo lejos y frente a Iglesia de San Esteban algo llamó mi atención. Apreté el perineo, estiré la espalda, alargué el cuello y aceleré ligeramente el paso. Edurne me seguía. La veía por el rabillo del ojo, visión periférica. Cuando llegué a la iglesia me dirigí directamente a un mendigo que pedía limosna a la salida de los feligreses y le besé. Incliné mis labios sin titubeo alguno hacia él y le besé la mejilla. Él me sonrío. Me pareció que le pareció bien. En seguida, Edurne, mirándome con el ceño fruncido y haciendo un giro de negación a cámara lenta con el cuello (sobre la vértebra cervical atlas) se acercó al mendigo y le dio otro beso en la otra mejilla. Él volvió a sonreír. Me pareció que le había vuelto a parecer bien. Sin embargo, ella me cogió del brazo derecho y tiró de mí de forma brusca. Parece ser que no le había parecido oportuno mi gesto, pero se había sentido comprometida a replicarlo, por amabilidad o por no ser menos y ahora estaba furiosa. Había besado sin querer hacerlo y no lograba entender por qué lo había hecho. Tratando de calmarle y a su vez de defenderme le dije que no había nada que entender, que ese beso en la mejilla de un mendigo a la salida de la iglesia no era ni cosa mía ni cosa suya, sino que era cosa de Sevilla.

Los botones de una camisa son una cosa agradable para besar

Una moneda de 1 céntimo

Los botones de la camisa

Una moneda de 2 céntimos

Las llaves de casa

Una moneda de 5 céntimos

Una moneda de 10 céntimos

Una moneda de 20 céntimos

La cucharilla de café

Una moneda de 50 céntimos

Una pastilla de ibuprofeno

Una moneda de 2 euros

La pantalla del teléfono

Un billete de 10 euros

Sentirás sequedad y olor a papel

Un billete de 20 euros

Sentirás sequedad

Un billete de 50 euros

Se quedarán pegados a tus labios

Un billete de 100 euros

La cremallera del chándal

Un billete de 200 euros

El manillar de la bicicleta

Sentirás frialdad y estupor

Un billete de 500 euros

Sentirás estupor

De cómo simplemente besar una pared

Reunirse en cualquier época del año de tres a siete personas en un lugar con una bonita pared y besarla. Besarla en toda su superficie, cada cual a su ritmo e intensidad.

Tiempo mínimo de la acción: 40 minutos

(En un segundo y tercer encuentro, en otra época del año, este grupo de personas podría reunirse para besar una gran mesa o una bonita silla o un balcón.)